

REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM. 222.

MADRID 2 DE MAYO DE 1845.

Segunda serie.

RIENZI.

6

EL ÚLTIMO TRIBUNO.

—Senador, dijo Adriano, no perdamos un instante. Pasaremos el Tiber... ya he colocado en la orilla á mis criados y á mi pequeña escolta: allí nos espera una barca.

—Escucha, repuso Rienzi, cuyos órganos parecían dilatarse en aquel trance amargo de un modo sobrenatural: he oído un grito salvador; *Viva il popolo* han dicho, y mi corazón responde á ese grito. No son mis enemigos los que lo anzan.

—No te alucines; tal vez no tienes hoy un amigo en Roma.

—Calla.... Salva á Nina, salva á Irene y abandóname; yo no puedo acompañarte.

—¿Estás loco?

—No, pero estoy sin temor. Además, si os sigo, os perderé á los tres; si me encuentran con vosotros, os asesinarán conmigo; sin mí, podreis huir con seguridad. Sí; la esposa y la hermana del tribuno no pueden provocar la menor venganza: sálvalas tú, noble y esforzado Colonna. Rienzi se confía únicamente á Dios.

Oíanse á le lejos los pasos de la multitud, y Nina dijo á su esposo agarrándose á su brazo.

—Salgamos, Rienzi; ya es hora.

—Sí, la contestó Rienzi; es hora ya de separarnos. Si ha llegado mi última hora, el cielo te bendiga y te proteja, porque tú has sido para mí un consuelo mayor que todas las desgracias que me han sobrevenido; sí; tú has sido previsora como una cariñosa madre; sumisa y tierna como un niño inocente....

Rienzi se sintió casi vencido, y las emociones profundas de un amor inexplicable que luchaba en el fondo de su corazón, le quitaron la fuerza para hablar.

—¡Cómo! exclamó Nina abrazándole contra su pecho y clavando en él sus ojos llenos de lágrimas. ¡Yo marcharme sin ti! Nunca; no lo esperes: este es mi puesto, y en vano Roma entera luchará para arrancarme de él.

Desesperado Adriano cogió su mano y procuró llevársela.

—No me toqueis, Adriano, gritó ella desasiéndose y agitando las pupilas de sus ojos como una leona cuando intentan arrebatarle los cachorros. Yo soy la esposa de Rienzi, senador de Roma, y debo vivir y morir con él.

—Llévala, Adriano, por compasión: ya se acerca la multitud.

Irene se arrojó á los pies de Rienzi, y abrazó sus rodillas.

—Ven, hermano mio; ven, le dijo sollozando: estamos perdiendo un tiempo precioso. Roma te prohíbe esponer una vida, á la cual está enlazada su propia existencia.

—Dices bien, querida Irene: Roma está ligada á mi destino: ó nos levantaremos, ó caeremos juntos. Basta.

—Nos pierdes á todos, le dijo Adriano con generosa impaciencia: dentro de algunos minutos no habrá remedio. ¡Hombre temerario! ¿Has triunfado por ventura tantas veces para dejarte matar por un populacho furioso?

—No, ni lo espero; triunfaré también ahora: nunca dirán, ni mis enemigos, ni la posteridad, que Rienzi ha huido segunda vez de Roma. Escuchad... *Viva il popolo*.... ese grito solo puede espantar á los tiranos: triunfaré, te digo, y sobreviviré á mi triunfo.

—Y yo contigo, añadió Nina con firmeza.

Rienzi miró á su esposa, la estrechó convulsivamente contra su corazón, la besó en los ojos, y dijo:

—Yo te lo mando, Nina: vete.

—Jamás, respondió ella.

Permaneció sorprendido, y sus miradas se dirigieron á su hermana.

—Moriremos las dos contigo, dijo esta: solo vos, Adriano, vais á dejarnos.

—Pues bien, replicó el caballero con tristeza; nos quedaremos todos, y á lo menos habrá dos que mueran matando. Dicho esto, se sentó tranquilo.

Hubo un instante de silencio, interrumpido por los convulsivos sollozos de Irene. Los pasos de la furiosa multitud resonaban horriblemente en todos los salones del Capitolio. Rienzi parecía sepultado en sus pensamientos: por último, levantó la cabeza, y dijo con voz sosegada:

—Habéis triunfado: voy á reunirme con vosotros; en cuanto recoja algunos papeles importantes os seguiré. Pronto, Adriano, condúcelas fuera de aquí.

Al decir esto fijó en Adriano una espresiva mirada, que este comprendió.

El jóven Colonna agarró el brazo de Nina con fuerza, en tanto que con la mano izquierda sostenía á Irene, á quien el terror casi había convertido en un

ser insensible. Rienzi alivió á su amigo del peso mas ligero; tomó á su hermana en sus brazos y bajaron todos por la escalera de caracol. Nina caminaba sin hablar; sentia los pasos de Rienzi detrás de ella, y esto le bastaba: solo una vez se volvió para darle gracias con sus miradas. Un soldado del Norte, enteramente armado, ocupaba la puerta; Rienzi le entregó su hermana desmayada y la besó en la mejilla.

—Apresuraos, monseñor, porque acuden los lobos por todas partes, dijo el soldado, y al mismo tiempo echó á correr con su carga hasta el pie de la colina. Adriano le habia precedido con Nina; el senador se detuvo un momento á contemplarlos, volvió despues atrás, y ya se hallaba en su aposento antes que Adriano hubiese notado su desaparicion.

Echó mano á las sábanas de la cama, las amarró á los barrotes de la ventana, y se sirvió de ellas para bajar al balcon principal del salon bajo.

—No quiero morir, dijo, como una fiera acorralada: la multitud que han reunido podrá al menos verme y oirme.

Todo esto fué para él obra de un instante; Nina entre tanto notó que se hallaba sola en compañía de Adriano.

—¡Ah! exclamó: ¿y Rienzi? ¿qué se ha hecho de Rienzi? ¡Me ha abandonado!...

—Valor, Nina: ha vuelto atrás para apoderarse de ciertos papeles secretos; no tardará en reunirse.

—Pues bien; es preciso esperarle aqui.

—Señora, replicó Adriano rechinando los dientes ¿no escuchais los salvajes gritos del populacho? Marchemos; huyamos, ó somos perdidos.

—Diciendo asi apresuraba el paso, en tanto que Nina luchaba con todas sus fuerzas para desasirse de él; consiguió al fin, y no bien se vió libre de Adriano, cuando se presentó á todo correr hácia el Capitolio. Encontró la puerta cerrada con los cerrojos; los corrió, y despues de haber entrado volvió á echarlos de ella. Subió la escalera y penetró en el aposento, pero Rienzi no estaba ya en él. Recorrió todas las salas llamándose desesperada, pero en todas reinaba el silencio de la muerte; intentó bajar, pero todas las salidas estaban cerradas por la parte de afuera. Entonces volvió al gabinete sin aliento, se acercó á la ventana y vió las sábanas amarradas, que habian servido á Rienzi para bajar al piso inferior. Su corazón adivinó el noble designio del intrépido senador, y cenoció que estaba separada de él para siempre.

—No importa, dijo, con amarga sonrisa; nos cobija el mismo techo, y nuestra suerte será la misma.

Este pensamiento la abrumó y no pudiéndose ya sostener, se dejó caer en el suelo, apoyó la cabeza en sus manos, y esperó los acontecimientos con cristiana resignacion.

Empeñado generosamente en no abandonar á los fieles esposos hasta el último trance, Adriano siguió á Nina, pero demasiado tarde, pues encontró cerrada la puerta del Capitolio, por donde ella habia entrado: el pueblo avanzaba en actitud imponente, y muchas voces llegaban hasta sus oídos; al grito de *viva il popolo* habia sucedido el de *morte al tirano*. El soldado que conducia á Irene estaba ya á gran distancia; no teniendo por consiguiente Adriano que atender mas que á la seguridad de su amada, bajó con el corazón desgarrado la cuesta que terminaba en las orillas del Tiber, en donde ya le aguardaba su reducida escolta con una barca.

Desde aquel balcon, á que Rienzi habia bajado acostumbraba hablar al pueblo, y comunicaba al salon destinado para las fiestas y ceremonias públicas. Por ambos extremos sobresalian dos torres cuadradas hácia el cuerpo del edificio, y sus ventanas enrejadas daban sobre el mismo balcon: una de estas torres servia de arsenal á la república y en la otra estaba encerrado Breton el hermano de Montreal, hallándose en la parte opuesta de la primera torre la cárcel pública y los demas departamentos del palacio, porque en aquellos tiempos, el palacio y la cárcel casi siempre confundidos en un mismo edificio, formaban un terrible contraste.

Las ventanas de la sala estaban abiertas y Rienzi pasó por ellas. Los restos del banquete de la vispera adornaban las mesas, el vino de Chipre habia teñido el pavimento y los cubiletes de oro y de plata brillaban en los aparadores. Entró Rienzi en el arsenal y eligió entre muchas armaduras aquella que llevaba ocho años antes cuando arrojó de las puertas de Roma á los barones: cubrióse con ella, sin adornar su cabeza con el casco guerrero, y empuñando con su mano derecha el gran *Gonfalon* de Roma volvió á la sala. Nadie se presentó á su paso, pues en aquel vasto edificio se hallaba solo el senador, á escepcion de los presos, y de un corazón fiel, cuya presencia ignoraba.

Ya no se acercaba el populacho con mesura; de todas las calles, de todas las casas salian nuevos amotinados, que engruesaban las oleadas de la multitud. Todos corrian, hombres, mujeres, muchachos, con el formidable aparato de la fuerza material, de la rabia y del aborrecimiento. *Muera el tirano; muera el inventor de la gabela*; tal era el grito del pueblo romano; tal era el crimen del senador.

Rompió la muchedumbre las palizadas del Capitolio, y á la manera de un rio que sale de madre llenó el inmenso espacio que rodea al palacio, poco antes

tan desierto, y henchido á la sazón de séres racionales sedientos de sangre y de venganza

Un repentino silencio sucedió á los gritos furiosos; Rienzi estaba de pie en el balcón, con el rostro descubierto, y el nuevo sol brillaba en su magestuosa frente y en sus flotantes cabellos. Pálido, pero tranquilo, no mostraba cólera ni temor, sus facciones únicamente espresaban un vivo pesar, una resolución heroica; la multitud se sintió sobrecogida por un instante de admiración y respeto.

(concluirá mañana.)

REVISTA DE TEATROS.

Antes de anoche se cantó en el coliseo grande del Circo la *Beatrice*. Está visto que para juzgar á un cantante, no es suficiente oírle la primera noche, aunque guste mucho. El señor Ronconi, á quien tanto aplaudimos entonces, nos ha disgustado, y no poco, las demás veces que le hemos oído. Su canto es en extremo inseguro, tan pronto entusiasma, como desagrada, por lo mucho que desafina y esto hemos tenido ocasión de notar en la *Beatrice*. En el aria de salida, estuvo medio punto mas bajo que la orquesta. En el segundo acto desafinó en grande y en el andante del tercero, si gustó muchísimo, en el alegre sacó unos puntitos de tenor, mas falsos que duro de plomo. El público en su mayoría lo conoce así y cuesta un triunfo el hacer triunfar al nominado gran barítono. Desengañense sus apasionados que el señor Ronconi, no puede hacer olvidar al eminente Salvatori.

La señora Ober estuvo fatalísima: los puntos bajos apenas se le oían; los altos los chillaba. Podrá ser que esta música no esté en su cuerda, mas para que la canta? Nosotros no podemos menos de juzgarla desde el momento que carga con la responsabilidad del papel. El público la dió muestras de desagrado y las piezas que cantó con Ronconi fueron oídas con la mas completa indiferencia. Verdad es que los dos estuvieron en extremo desgraciados desafinando á por a.

La señora Moreno, tiene la habilidad de cantar peor, cada vez que se presenta en escena, que para fortuna de los pacientes suele ser de tarde en tarde.

Nuestro compatriota Carrion estuvo algo feliz en el aria del tormento, si bien le hubieramos querido algo mas atormentado.

La función en conjunto ha disgustado mucho y ha habido sus chicheos corrientes. Luego es tan pesada, que al ver que el primer acto, de tres que tiene, se acaba á las diez, y que no es la gloria donde se está, la gente se retira cansada jurando no pecar mas con oír la *Beatrice*.

BOLETÍN ESTRANJERO.

Segun dicen los últimos periódicos de Paris, parece que en el salon de conciertos de la calle de Vivienne, donde se hallaba el famoso enano Tom Pouce, le han robado el precioso reloj de oro que le habia regalado la reina Victoria, cuyo tamaño no llegaba á ser como una lenteja: inmediatamente dió parte del suceso al comisario de policía, que destacó unos cuantos agentes con sus respectivas linternas y microscopios en busca de tan diminuta máquina. Hay muchas esperanzas de que se encontrará..... si es que no se le ha vuelto á perder al mismo que le robó.

Dicen de Berlin el 14 del actual que el tercer hijo de lord Westmoreland, embajador de S. M. B. cerca de la corte de Prusia, se apasionó estremadamente de las gracias de la célebre cantatriz Jenny Lind; y viendo que esta linda artista se mostraba insensible al entusiasta amor del joven lord, se decidió el mismo embajador Westmoreland á ir á su casa para manifestarle que su hijose hallaba ya autorizado por él para dar la mano en matrimonio á M. Lind. Mas el distinguido lord que á tales negociaciones se humillaba, quedó horripilado de sorpresa, cuando la bella y modesta artista le manifiesta que ya era tarde, porque habia encontrado en un joven sueco el dichoso mortal dueño de su corazón y de su mano; Lucido ha quedado por cierto el honorable lord con su embajada; cuán mejor le hubiera sido hacerse el sueco!!

Escriben de Bonn que el monumento de Beethoven está ya concluido. Su inauguración se verificará en el mes de julio próximo. Con este motivo habrá en aquella ciudad una gran fiesta musical que durará muchos dias y á la cual concurrirán las principales notabilidades musicales de Alemania y de Francia. Una comisión especial se ocupa actualmente en disponer los preparativos necesarios al efecto; se espera que asistirán á esta famosa solemnidad artística M. Berlioz y el celosísimo doctor Liszt, á cuyos esfuerzos se debe en parte la erección de este precioso monumento.

En uno de los paseos que acostumbra á dar en Paris el famoso enano Tom Pouce en su carruaje, se vió atacado de improviso por el perro de un carnicero, que al ver los pequeños caballos de su coche y tomándolos acaso por cabritos, se precipitó sobre ellos, con intenciones no muy sanas; felizmente el haber acudido varias personas fué lo bastante para evitar el daño principal, resultando solo un ligero susto en el famoso enano, quien luego se serenó bebiendo un dedal de agua.

Es extraordinario el movimiento que se nota en las nuevas líneas de caminos de hierro de Alemania. En el año proximo pasado de 1844, fueron transportados por estos caminos 10.306.165 viajeros y 14.339.915 quintales de mercancías. Los ingresos que han figurado dicho año, como producto de estas expediciones, ascienden á la enorme

cantidad de 13.673.122 florines. (122.758.098 rs.vn.) Las diferentes líneas de estos caminos de hierro componen una estension de 326 millas alemanas.

En Paris llama extraordinariamente la atención de las personas inteligentes la novedad reciente de los preciosos descubrimientos de la población de Nínive, antigua ciudad asiática, soberbia capital del imperio de Asiria; profundamente enterrada bajo inmensas capas de arena.

SI Y NO

ACERCA

DE LA CONTROVERSIA ENTRE LOS ULTRAMONTANOS Y GALIGANOS

por

TIMON. (Mr. Cormenin)

UN TOMO EN 16.º TRADUCIDO DEL FRANCÉS

por

el Sr. D. Agustín de Letamendi.

Con notas, referencias y reflexiones oportunas.

Esta obra, de que en un mes que hace hoy se publicó en Paris se han vendido ya SEIS ediciones en Francia, adquiere entre nosotros muchísimo interés por razón de las circunstancias en que nos hallamos, y con motivo de las negociaciones de la corte de España con el Vaticano.

Si el célebre jurisconsulto Mr. CORMENIN (*Timon*) se ha esmerado en su pequeño opúsculo SI Y NO en demostrar con admirable sencillez é imparcialidad los abusos, errores é ilegalidades de uno y otro bando en la controversia que hoy se agita en Francia entre los *Ultramontanos* y los defensores de las prerogativas de la Iglesia-Galicana, no se ha esmerado menos el traductor de sus pensamientos al transcribirlos para la imprenta española.

El señor de Letamendi precede y termina la obra de Mr. Cormenin con algunas reflexiones que ilustran al lector en materia tan delicada, y le ayudan á formar un juicio exacto de lo que es un gobierno representativo en puntos controvertibles y en materias puramente religiosas.

Se halla de venta en las librerías del editor don Ignacie Boix, calle de Carretas, números 8 y 35, al precio de 4 rs. rústica en Madrid y 5 en las provincias franco de porte.

LOS JESUITAS JUZGADOS POR SI MISMOS.

6

CONSTITUCIONES PUBLICAS é instrucciones secretas
(MONITA SECRETA) de los Jesuitas.

En lo que prescriben á los JESUITAS estas constituciones se funda cuanto dicen de los mismos el *Judío Errante*, el *Análisis documentado de los Jesuitas*, (copia del libro antiguo titulado: *Retrato de los Jesuitas al natural*, traducción del Portugués) lo que nos prometen los *Misterios de los Jesuitas*, y cuanto puede leerse en el *Teatro Jesuitico*.

Esta obra se compone de un tomo en 8.º, y se vende en las librerías de don Ignacio Boix, calle de Carretas, números 8, y 35, al precio de 8 rs. en rústica, y 10 en las provincias franco de porte.

TEATROS.

DE LA CRUZ.

Hoy no hay función, segun costumbre. Mañana se volverá á poner en escena la aplaudida ópera del maestro Verdi titulada HERNANI.

DEL PRINCIPE.

Hoy no hay función. Mañana sábase lo se pondrá en escena la comedia nueva, en tres actos y en verso, titulada LA ENTRADA EN EL GRAN MUNDO. Popurrí de bailes nacionales. Terminará el espectáculo con la comedia en un acto titulada: LOS DOS PRECEPTORES.

DE VARIEDADES.

Hoy no hay función. Mañana sábase lo se pondrá en escena el drama en tres actos, titulado: EL HIJO DEL PUEBLO; baile, y la comedia en un acto, titulada: EL ASISTENTE.

Editor y Redactor principal, JUAN PEREZ CALVO.

IMPRENTA DE BOIX, calle de Carretas, núm. 8